

**U**N concurso Internacional de literatura puede ser la inesperada coyuntura para asomarse a la interioridad, no sólo artística, sino ideológica y moral de una comunidad. Mi trabajo como jurado del Concurso de Novela Centroamericana convocado por el Consejo Superior Universitario de la región a través de su Editorial, me permitió observar el funcionamiento de una narrativa bastante poco conocida en el continente, pero también, a través de los treinta y dos títulos que debí leer, la problemática de las nuevas generaciones, los asuntos de un agitado debate intelectual y político. Si para el narrador nicaraguense Lisandro Chávez Alfaro (el autor de esa poderosa novela titulada Trágame tierra y ahora de un reciente y original relato, Balsa de serpientes) seguramente se trataba de lo sabido y convulso, para los otros dos jurados, el mexicano José Emilio Pacheco y yo, adoptaba el aspecto de un descubrimiento, con el agregado de que la suma de obras procedentes de seis países diseñaba un perfil propio y original para la cultura de la comarca.

El único premio fue discernido por veredicto unánime y recayó en una escritora panameña, Gloria Guarda, por su obra El último juego. No se necesita ser muy perspicaz para prever que será un éxito de librería. Y no meramente por el respaldo que pudiera prestarle la distinción en un concurso Internacional, sino por la decisión con que ella acomete un tema central y urgente en la vida de su país, el cual también tiene conmovida a la zona: la existencia del famoso canal Interoceánico y su peso sobre la vida entera de Panamá y Centroamérica. Al parecer Gloria Guarda tenía ya varios libros publicados, entre ellos un estudio sobre Pablo Neruda, pero para los jurados era una desconocida: el seudónimo que amparaba el original era el nombre del protagonista y narrador de la novela, Roberto Garrido, un ministro surgido en el seno de la aristocracia panameña, quien se enfrenta a una acción revolucionaria motivada por la crítica situación del canal.

El esquema es simple y no demasiado nuevo; el

# Enjuiciamiento

## del Pasado



sistema narrativo, mediante evocaciones, donde asoma la relación amorosa entre una muchacha revolucionaria y un joven de las doscientas familias, no resulta particularmente novedoso. Pero todo ese material es animado por una escritura vivaz, artísticamente lograda, es sostenido por un acento veraz, urgente, lírico por momentos y complejo en otros como para absorber diversos planos de la visión, de tal modo que enfoques y personajes ya frecuentados por la literatura se remozan y dinamizan. A través de la novela, no es sólo el presente de la vida panameña lo que es puesto al tablero, sino la historia entera del país. La singular lección del concurso radica allí, en la manera como estos escritores que puede suponerse son en su mayoría jóvenes, contemplan a sus patrias.

Crep que era Marx quien decía que el pasado es una pesada losa sobre la vida de los seres humanos, y así se lo percibe en estos originales narrativos. Si al-

gunas veces ese pasado se manifiesta a través de la repetición de sistemas artísticos ya caducos, se trate de la novela social (que en Centroamérica evoca de inmediato el modelo establecido por Fallas con su Mamita Yunat); se trate incluso del intimismo de la novela modernista, en la mayoría de los casos el pasado es la materia de un debate ideológico, es el objeto de una requisitoria tan ácida y furiosa que la escritura es contagiada por ese ímpetu y parece inflamarse. Atraviesa estas novelas una generalizada rebelión contra la herencia recibida, contra la obra de las generaciones pasadas, un franco rechazo del presente que ha sido generado por esa historia.

Después de las bombas, se titula la obra de un guatemalteco (Abelardo Arias es el seudónimo) que cuenta la vida del protagonista desde 1954, sobre el trasfondo que le presta la historia política del país, encadenando el destino individual al destino social como en una mostración brechtiana. Los elegidos es una novela costarricense (seud. Gerardo César Hurtado) que reconstruye un esquema rufiano en un ambiente casi onírico; sin embargo, bruscamente irrumpe la historia de su país, como el chorro que delata la secreta corriente que abastece este mundo fantasmal que describe. Por todos lados salta la historia y es vista como una reprovable llaga.

No menos de veinte novelas enfrentan este asunto y lo resuelven bajo la forma de una acusación: el pasado se sienta en el banquillo, es juzgado y es condenado, tan sin atenuantes que obligadamente las razones para vivir se remiten al futuro. Si existe un soterrado perspectivismo que explica la estructura de estas obras es la creencia utópica de que nacen, la firme y oscura convicción de que sus patrias, de que América toda no es una realidad consumada sino simplemente una tarea, un proyecto remitido al futuro. No creo que se equivoquen demasiado y en todo caso los ampara y orienta un maestro tan conocedor y apreciador del pasado como lo fue Pedro Henríquez Ureña quien estableció una equivalencia entre americanismo y utopismo.

El Nacional. Caracas, 21 de Dic., 1976. A. 4.